

CARLOS ORTIZ DE ZÁRATE DENIS

COWBOY FROM BROOKLYN



Círculo rojo – Novela
www.editorialcirculo rojo.com

Primera edición: julio 2012

© Derechos de edición reservados.

Editorial Círculo Rojo.

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Colección Novela

© Carlos Ortiz de Zárate Denis

Edición: Editorial Círculo Rojo.

Maquetación: Juan Muñoz Céspedes

Fotografía de cubierta: © Fotolia.es

Cubiertas y diseño de portada: © Luis Muñoz García.

Impresión: PUBLIDISA.

ISBN: 978-84-9030-099-2

DEPÓSITO LEGAL: AL 476-2012

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. Editorial Círculo Rojo no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

IMPRESO EN ESPAÑA – UNIÓN EUROPEA

AGRADECIMIENTOS

A mi paciente terapeuta Amelia de la Ballina, quien me ayuda a comprenderme

A mi ex estudiante, amiga y fiel compañera de trabajo creativo Guaxara Afonso, que tanto me ha ayudado.

A Miguel Ángel de Rus, que fue el primero en creer en mi obra y que muestra su gran generosidad.

RONALD REAGAN

Hacía ya dos años que trabajaba, en negro, para Ronald Reagan. Enero de 1962 se presentaba muy feo. Todos, incluido, sin duda, el afectado, veíamos claro que Bob Kennedy lograría su expulsión de General Electric Theatre. Estaba cantado; nunca he comprendido que el interesado viviera la confirmación con tal victimismo. Por supuesto, me tocó el marrón.

Lo intuía y deseaba que ocurriera, pero también lo temía, por sentirme incapaz de comprender las lamentaciones. En efecto, era vox-populi que La General Electric debía informarle de su pesar en prescindir de sus servicios, puesto que el Fiscal General había amenazado con no contratar con la empresa hasta que ésta no rompiera su contrato con mi jefe. El último lloraba como un ángel humillado o como un chiquillo abandonado. Me pareció tan sólo que me evocó la soledad de un perro que no tiene, siquiera, pulgas. Sentí mucha pena y acepté que me invitara a un trago. Tenía 18 años y ambicionaba entrar en el Actors Studio.

No es que el dolor me sea indiferente, pero me decepcionó, pese a que ya conocía muy bien al poderoso presidente del sindicato de

actores (SAG), aunque no lo había visto sino un par de veces y escoltado por un nutrido grupo. No pienso que él se fijara, siquiera, en mí, pese a que nuestro interlocutor, Tom, no cesaba de afirmar que algún día conseguiría un papel para el que estuviera preparado.

Confieso que cada minuto que pasaba me hacía menos ilusiones. Afortunadamente, yo tenía un parecido con Ronald Reagan, especialmente con su personaje en la película “Cowboy from Brooklyn” y quizá ésta fuera la razón de que se me pidiera que estuviera por allí, en aquel preciso momento y de que él me invitara a una copa.

Mis dos años de trabajo de negro me habían puesto al corriente sobre el origen de los lamentos que se desmesuraban copa tras copa. No admitía la victoria de Bob Kennedy, según él, “ese bastardo engreído y hasta influido por los comunistas”.

Pese a mi escaso rango y edad, estaba al corriente de la magnitud de la humillación. Mi cliente perdía un contrato millonario, que incluía la coordinación de la serie de TV con mayor audiencia, conferencias por todo USA y papeles que podía mimar. Una pasta y una influencia que superan mis sueños. Pero había ignorado que no se puede atacar sobre varios frentes y dejar flancos vulnerables. Así al denunciar uno de los éxitos que se atribuía la presidencia, el proyecto TVA, que afectaba a la seguridad y a la supervivencia de los habitantes de Tenesse Valey, atraía las iras de su partido, que apoyaba al presidente. No debiera así sorprenderse cuando era imputado en un grave delito contra la competencia, al reunir en sus manos el poder del SAG y de MCA, una productora.

Nunca había visto a alguien tan borracho, baboso y pesado. Recitaba, cansinamente, una letanía que básicamente maldecía a unos necios que no sabían llevar América a su grandeza y que traicionaban los proyectos de los padres fundadores; cantinelas que he escuchado con sus respectivos juegos de enganche a la cotidianidad de las audiencias de turno, un incalculable número de veces.

Perdí consciencia de las horas que pasé escuchando su admiración por el General de Gaulle que desertó cuando Francia se rindió

a Alemania y que llevaba el timón de un Estado que ha formado parte de los vencedores, desde el principio de la post-guerra. Bueno, lo que importa no es el tiempo, sino los resultados. Creo que los obtuve cuando logré convencerlo de que había dejado, en la audiencia, un terreno abonado que producía ya sus frutos, porque, el Gran Jurado no había convocado a Reagan como imputado, sino como testigo, en el caso de grave delito contra la competencia imputado a CMA.

No me sorprendió que vinieran a buscarme a las 8 de la mañana siguiente, porque el jefe quería verme inmediatamente. Intuía que lo harían, pero no sabía muy bien lo que esperaba de la entrevista. Ronald Reagan no tenía nada que ver con el personaje de la víspera. Ahora resplandecía como un nuevo Ave Phoenix. Me invitó con un gesto autoritario cargado de complicidad, a ocupar el sillón colocado frente al suyo y se dirigió a mí como si de mi padre se tratara:

- Jovencito, debes saber que entrarás por la puerta grande en el Actors Studio. No estás preparado aún. ¿Crees que no te he visto hasta ayer? Te equivocas; yo dirijo mi equipo y escojo a mis colaboradores. Sé de tu lucha, considero que tienes “madera” y me haces sentir mis batallas; por eso quiero que lo hagas bien.

No mencionó el parecido. No era necesario; de vez en cuando, nuestras miradas se cruzaban y nos decíamos casi todo

- He leído siempre tus informes con gran atención.-Tomó la carpeta de mis mensajes y encadenó- Al día siguiente de mi crítica al proyecto TVA deduces que ésta no pasará inadvertida porque ha hecho mella en la audiencia

Su mirada exigía una explicación y sabía que no podía defraudar.

- Como usted sabe, me pagan por asistir a sus conferencias, por observar las reacciones de la audiencia y redactar un informe sobre las mismas. He aprendido cosas en mis años de servicio, como observar las expresiones de rostros de personas que considero influyentes.

Se produjo un silencio muy incómodo para mí; el jefe pensaba y me daba la impresión de que quería hacerlo sólo. Temía no haberme explicado con la suficiente claridad. La inquietud duró hasta que mi anfitrión preguntó fríamente:

- ¿Cuánto tiempo llevas haciendo eso?

-No recuerdo muy bien... Necesitaba apoyarme en algo y empecé probando cosas. Al principio pasaba la mayor parte del tiempo escuchando su discurso, las toses, los cuchicheos, los aplausos. A medida que me sentía más familiarizado con estos detalles, empecé a liberar recursos para fijarme en otros detalles, que me aportaban informaciones más valiosas...

Me interrumpió con la fuerza de un relámpago.

- Has crecido mucho más rápidamente de lo que imaginaba. Cuando te vi, a la cola de los que esperabais para el casting...

Me había presentado a tantos que resultaba difícil adivinar cuál era. Recuerdo muy bien aquél en que me dijeron que no tenía el papel, pero que me podían ofrecer un trabajo: informar sobre la recepción de las innumerables conferencias que daba Ronald Reagan en las sucursales de la General Electric. Me consideraba muy bien pagado: 5 dólares la hora o fracción, que incluye los desplazamientos y los gastos derivados de los mismos. El trabajo era en negro y se me pagaba cuando entregaba mis informes a Tom, el intermediario. Reagan no había parado de hablar mientras yo pensaba y como si siguiera mi pensamiento, me dijo:

- De todo se aprende, jovencito. El actor no se hace en las academias. ¿Te gustaría representar mi papel, el de Ronald Reagan?

- Lo imagino en cada una de sus conferencias.

- ¿Cuántas veces has visto Cowboy from Brooklyn?

Me puse como una amapola ¿Cómo podía saberlo? Iba a verla cada vez que me enteraba que la ponían en algún cine. De nuevo me sacó de dudas.

- A veces hemos coincidido. He decidido aumentar tus tarifas. La cifra dependerá de tu propuesta. Sé que tienes una.

Siquiera me pregunté cómo lo sabía. Hacía ya unos meses que trataba de explicar a Tom que yo, además de escrutar la recepción de la audiencia, podía actuar sobre la misma. Supuse que lo que me pedía era una explicación.

- Si tuviera unos días antes de la conferencia detalles de los contenidos, de los objetivos y de los potenciales asistentes, podría jugar un papel más activo.

- El personaje soy yo, querido niño, yo sé lo que quiero que escuchén.

Me había dejado sin respuesta; pero mi tozudez me salvó, me sorprendí diciendo:

- En todos mis informes he aludido a la presencia de elementos hostiles que resultaban cada vez más palpables, como si ya se encontraran lo suficientemente fuertes para obrar con toda impunidad. Anoche le aseguré que su denuncia del despilfarro del proyecto TVA había tenido una excelente acogida y mi certeza provenía de dos razones: así lo indicaban las emociones que reflejaban los rostros que escruté y la ausencia de los hostiles. No intervino ninguno de ellos.

Estuvo a punto de ponerse a gritar y se retuvo varias veces. Me sorprendió que se expresara con tanta calma y brevedad:

- ¿Cuál es tu conclusión?

- La expulsión es una respuesta a la conferencia.

- ¿Cómo la sabes?

- Si no hubiera sido así, ellos habrían actuado.

- ¿Por qué?

- Como lo hacen para que la audiencia no escuche los mensajes que no desean que se escuchén.

¿Cómo?

- Muy fácil. Una simple pregunta puede ser una bomba. Además, estos señores tienen la posibilidad de inundar la actualidad de informaciones que no dejen ver las que usted aporta.

- Mi interlocutor guardó silencio unos minutos. Me sentía muy tranquilo, porque veía signos de que admitía mi planteamiento, que-

ría que yo continuara y no alcanzaba a ver cómo podía pedírmelo. Así, me di por aludido:

-No he traído mis notas, pero procuraré ofrecerle algunos ejemplos de respuestas muy hábiles, por su parte, a los intrigantes. Pone a Dios por testigo de su cristiana solidaridad cuando se le pregunta qué pasará con las víctimas de sus políticas y recuerda que sus padres eran pobres, pero nunca se negaron a compartir su mesa y hogar con otros más pobres, especialmente con unos negros víctimas del racismo

Me pareció ver deslizarse una lágrima y guardaba ya silencio cuando me ordenó hacerlo. En cuanto me pareció más tranquilizado continué:

- Deja usted que sus víctimas formulen más preguntas, pero ya ha introducido escenarios más impactantes que los de aquéllos; entonces, como si se tratara de un torero, clava la espada, cuando les dice: “caballeros yo soy un *self-made man*.”

Por una parte veía ira en su cara, pero, por otra, una ardiente invitación a que continuara. Pese a mis dudas, opté por encadenar.

- Usted sabe cómo dejar bien claro que los trabajadores necesitan trabajo y no limosnas; que si se invierte el dinero destinado a éstas en negocio, habrá más y más trabajo y que USA recuperará su grandeza.

Me pareció que debía continuar y rematar, porque había abierto su “caja de Pandora”:

- No sirve de nada que le reprochen la frecuencia de su recurso a estas imágenes. Lo que molesta es su fuerza: su audiencia y su capacidad de hacerse amar por la misma.

Se puso tan serio como si se dispusiera a celebrar la Santa Misa y me dijo, con voz de profeta:

- Jovencito; puesto que ese es tu deseo, entrarás en el Actors Studio por la puerta grande. Se te subirá la tarifa a 50. No tendrás que salir de New-York city, tu interlocutor continuará siendo Tom. Él te dará instrucciones mañana mismo.

Creí entender que la entrevista había concluido. Esperaba una indicación. Había algo que parecía faltar, porque mi anfitrión me hacía sentir incómodo. Era un silencio pesado que me inspiraba temor y esperanza.

-¿Cómo puedes estar tan seguro?

No hizo falta que formulara su pregunta. Felizmente, había adivinado ya lo que quería saber y lo que yo mismo quería decirle.

- Trabajo las enseñanzas de Israel Lee Strasberg quizá más que los afortunados que han logrado entrar en el Actors Studio. Leo, me informo, hago lo que puedo. Sus conferencias son mi trabajo de campo. Usted y su audiencia son personajes en cuyos cerebros y entrañas tengo que entrar. He construido andamios que me facilitan la labor. Rasgos, secuencia...

Me quedé trabado ante las muestras de aburrimiento del destinatario y temí haberlo ofendido por contarle obviedades, pero sabía que tenía que continuar.

- Bueno, hago una clasificación que me permita identificar gestos y situaciones, que, cuando llego a mi habitación escribo en fichas y clasifico. Mis ejercicios de representación están evaluados por mí mismo. He tenido que proceder a imponerme varemos y criterios. No quiero cansarle, pero creo que tengo argumentos sólidos.

Ignoro si comprendió o no lo que trataba de explicarle. Tenía una sonrisa de ingenua incredulidad y dijo con voz esperanzada:

-¿Qué nota te das?

-Cómo dice usted, aún no estoy maduro para entrar por la puerta grande, ¿Un 70% de mis posibilidades?-Omití añadir que consideraba que Brando andaría por 65% en mi escala-Trabajo muy duro

Intuía que no debía insistir sobre el método Stanislavski y aún menos sobre la adaptación del mismo por Strasberg. Conocía ya a Reagan tanto como puede esperarse de alguien que lleva dos años escrutando sus tripas, sus gestos, sus pasiones y sus textos, tanto a través de él como de sus audiencias. No me sorprendió que comentara:

- Te estoy dando mucho más de lo que yo tuve a tu edad y sé que sabrás aprovecharlo ¿Por qué estás tan emperrado con el Actors Studio? ¿Crees acaso que es la única puerta para un actor?

- Para mí, sí, aunque reconozco que grandes estrellas como usted no lo han necesitado. Por otra parte, debe usted reconocer que los resultados de la aplicación del método están siendo de gran utilidad para mi trabajo.

- Por eso te pago y te mantengo al margen.

Me volví a equivocar pese a mi certeza en conocerlo. Daba la entrevista por concluida, pero mi anfitrión no parecía aún estar satisfecho y soltó con la lentitud del que considera que todas las precauciones son pocas:

- Supongo que también practicas con los medios. ¿Qué opinas de la imagen de Bobby Kennedy?

No me fue difícil responder porque el aludido era uno de mis personajes preferidos.

- El Fiscal General tiene que andarse con pies de plomo. No pararán de reprocharle su inexperiencia y, sobre todo, su juventud

Sabía perfectamente que no debía aludir a su ideología, pero sí mencionar el altercado del bar que protagonizó cuando cumplió los 21

Tomé actitud solemne y añadí

- El presidente sabe por qué su joven hermano tiene que mirar a otra parte, como ha ocurrido recientemente en las graves imputaciones del FBI contra Frank Sinatra.

Ahora sí que mi interlocutor daba por terminada la entrevista. Yo me quedaba con hambre, con mucha hambre, pero sabía que en aquel momento no tendría posibilidad de saciarla.